

LA DOMA FERROZ (*)

Jineteaba en la doma de esa tarde, Cuaró, un charrúa muy joven, salido de la tribu no hacía mucho. Lo había visto en más de una ocasión, pero nunca había hablado con él. Ahora me lo encontraba en esta estancia haciendo lo que menos pude suponer que hiciera un charrúa : domando a la española.

Me anunció la faena, Antonio Díaz un oriental joven que hacía de chasque entre el Comandante y el coronel Rondeau. El muchacho era amistoso y en razón de su trabajo de enlace, caía muy seguido por La Calera y me buscaba para plantearme cuestiones. Ignoraba el idioma, pero tenía la intención de hacer un estudio científico sobre los charrúas y me pedía información que yo le brindaba con gusto. A las pocas semanas, apareció un día trayéndome un par de estribos de regalo y me invitó para el domingo ; se trataba de conocer los campos de unos parientes suyos, sobre las costas del arroyo de Arias y de paso presenciar un espectáculo que según me aseguró, era impagable. Me cayó simpático.

Fuimos a esa estancia que no era lejos y a media tarde, después de un buen asado regado con buen vino y culminado con crema de natillas, nos acercamos al ruedo donde el domador iba a hacer sus demostraciones. El público asistente no bajaba de cuarenta personas, entre ellas seis o siete damas, algunas de la propia estancia y otras visitantes. Por lo visto, se trataba de una fiesta tradicional. No llegué a hablar con ninguna de las señoras y tampoco con los dueños del campo.

El corral era amplio y sólidamente construido; y atado a un poste grueso estaba el potro, un ejemplar espléndido, pero presa de una inquietud llamativa.

Lo tenían ensillado y noté que la cincha estaba demasiado apretada, marcaba la presión en el vientre del animal, formándole a los lados dos curvas abultadas. Algo imperdonable, que un caballo de esa estampa, no merecía. Se lo hice notar a mi amigo Díaz y él comentó:

-- Si, es feo, pero lo necesita. Cuando vea lo que hace el indio ...

Antes de nada, antes de ser castigado, antes de la primera corveta y el primer corcovo, ya el redomón solito insistía a cada instante en el arqueo del lomo para sacudirse la carga que no tenía. Anticipándose, procuraba poner la cabeza entre los remos delanteros para sacarse de encima a un enemigo imaginario ; y a cada torsión, lanzaba relinchos ahogados que parecían los rugidos de una fiera. Estaba ahogándose. Esa sola faja oprimiendo la panza de ese modo, era una tortura creciente ; y mas, en medio de la agitación y el esfuerzo físico descomunal en el cual se iba a debatir al empezar la doma.

Se presentó Cuaró disfrazado de gaucho, enteramente vestido de negro: sombrero negro, poncho negro, botas de ternera teñidas de negro y en la mano derecha un rebenque macho del mismo color ; algo pintoresco. Y así lo vimos montar de un salto sobre el pingo que también era de un pelaje negro azabache, con una estrella en frente. Era un potro precioso, encima del cual el indio parecía nacido. Se había compuesto un centauro ante nuestra vista y por el luto elegido, un centauro de hollín, requemado, como salido del propio infierno.

La tarde nos procuraba un sol radiante. Había mucha expectativa.

Cayó el jinete sobre el lomo, soltaron el cabresto y se oyó la primera exclamación del público asistente. Cuaró llegó a tomar las riendas y en ese mismo instante empezó una a lucha espantosa, forcejeada y gritada por ambas partes. Alrededor, las mujeres mantenían su griterío y había risas y vivas alternadas.

Jadeaba desesperado el potro queriendo llenar sus pulmones y tronaba la voz de Cuaró maldiciendo roncamente, en su idioma, contra todos los malos del mundo y del trasmundo y contra el diablo mismo. Un curita de pueblo hubiera pensado en un exorcismo.

Además de la verba imponente, algo le quedaba al indio que denotaba su origen : estribaba a lo charrúa : un palito horizontal, de guayabo, colgando a cada lado de su cabalgadura, bien sujeto por una guasca sobada. Pero eso sí, sobre el tobillo desnudo, Cuaró calzaba espuelas lloronas, criollazas, pero pintadas del mismo color retinto que el cuero del pingo ; tanto, que en vez de brillar como metal pulido, se disimulaban y no eran fáciles de distinguir. Pero yo las notaba muy bien ; veía como entraban afiladas como cuchillos las puntas de la estrella en los ijares, mientras el indio hacía correr las rodajas, pinchando y pinchando sobre el mismo sitio.

Tenía las riendas en una mano y en la otra el rebenque que era pesado, de mucho golpe. Afirmábase con los dedos mayores del pie en sus estribos, como si fuera pata de loro, oprimiendo entre el dedo mayor y el siguiente, la soguilla ; y a cada barquinazo de su cabalgadura, levantaba hasta bien alto, la mano, y descargaba el talero en la cabeza o el anca. El moro aterrorizado, no atinaba a otra cosa que a revolvearse sobre si mismo, a curvarse y saltar como un resorte, estaba enloquecido.

El capataz de la estancia, don Anacleto según me explicó mi amigo muerto de risa, ayudaba de puro comedido ; estaba entusiasmado y corría por el corral enarbolando un garrote y cada vez que lograba la distancia justa, dejaba caer esa estaca de ñandubay ; descargaba golpes terribles sobre los cuartos del oscurito que ya no veía, ni podía entender ; soportaba muy mal, semejante paliza. Se precipitaba y se revolvía sudoroso, cubierto de ampollas de espuma blanca como algodón, en el cuello y en la boca y en los corvejones ; las crines

revueltas, las narinas dilatadas, el copete húmedo, los ojos enrojecidos y con una expresión indómita, pero triste, llena la mirada de rencor, cual si ya se sintiese vencido. Esos ojos despavoridos auguran resultados funestos.

Ahora, los corcoveos monumentales, como botes de una admirable gimnasia imposible de realizar para cualquier otro caballo, lo hacían subir a una altura insospechada y luego caer súbitamente sobre las patas traseras, dando manotadas en el vacío, sacudiendo la cabeza airosa y retorciendo la espina dorsal; procuraba lanzar lejos a su tirano, que estaba matándolo. Los alaridos salían del acosado como señales feroces, mientras Cuaró vociferaba en perfecto español: Abajajá, Abajajá y bajaba sus golpes en la frente iluminada del moro. La jarana entre los asistentes era cada vez más divertida; a cada proeza del jinete, lo alentaban para que siguiera implacablemente. Supongo que deseaban la muerte del caballo.

El animal fuera de sí, trastabilló y amenazó con un rodada, intentó conservar el equilibrio y pareció que se desplomaba mientras refregaba los bellos mojados con sangre y espumarajos, contra los pastos; pero se irguió otra vez y levantó las manos piafando, hiriendo con los cascos el aire con indecible angustia, como un ahogado cuando el mar se lo traga y vislumbra que no tiene salvación.

Todos estaban pendientes de la habilidad y el aguante del domador y yo del martirio del animal. Sentía aplaudir por igual los bamboleos enceguecidos del castigado y el agarre de Cuaró, clavado por la mano de Dios sobre su víctima, como un vengador que sancionaba en éste a todos los caballos salvajes y de mal llevar, que habían volteado a su amo. Sabía que tarde o temprano eso iba a pasar con algún maturrango desprevenido; así fuera dentro de un año o más.

Mientras las arremetidas desatentadas del oscuro, hacían resplandecer su vigor y su belleza, Cuaró charqueaba ahora desmañadamente, prendido a su montura con las dos manos, sudando y exhausto, yendo y viniendo como una bolsa de papas, siempre a medio montar y zarandeado. Su figura resultaba fantoche y cualquier espectador medianamente entendido hubiera deseado que la historieta terminara de una vez con un buen porrazo; pero no, la gente reunida para ver esa doma era partidaria del torturador. Había más de uno y más de una refinada señora, a quienes oí gritar:

-- ¡Cuaró!... ¡Fuerza, Cuaró! ¡Olee! ... Dale, dale, dale ...

Se acalabraban las patas del potro y le corría un estremecimiento, como si a lo largo de ellas chorrease agua hirviendo, hundíanse y se ensanchaban los ijares lo mismo que un fuelle de fragua y solía levantar la cabeza para mirar con los ojos desorbitados hacia la loma del potrero a cuyo fondo, corría la yeguada libremente; entonces se oía un relincho que en su mitad se estrangulaba en una convulsión tetánica.

De nuevo, el rebenque incansable seguía pegando y las espuelas habían aglomerado en cada punza, un pelotón de pelos amasados con sudor y sangre coagulada, mientras el domador, seguía corriendo y corriendo los estiletes sobre la misma lastimadura ; ahora sobre la carne viva, donde se había rasgado el cuero.

Esta prueba de domesticación a la criolla duró mucho más de lo habitual porque el indio asesino era un acróbata formidable.

Cuando faltaba un buen rato para que terminara su faena, ya el animal se había convertido en un pingajo definitivamente inservible. Pero Cuaró estaba empeñado en prolongar el espectáculo. Y fue tanta la crueldad que sobraba, que en ese mismo momento en plena doma, pasó lo que casi siempre pasa mucho después y se atribuye a los caprichos del destino : el caballo ensayó un galope lateral y trabándose en sus propias manos, costaló y fue a pegar contra una de las mangueras de piedra y rodó ; y en la rodada aplastó al indio, que quedó tendido, desmayado y con la cabeza sangrando, mientras el morito se alejaba de su matador dando corcovos.

El espectáculo me había provocado un asco insuperable. Sin conocer los resultados médicos de esta diversión, llamé silbando a mi pingo mientras los asistentes corrían muy preocupados hacia el indio muerto o atolondrado, y así nos fuimos él y yo, mi picazo y yo, sin despedirnos de nadie.

No volví a hablar de charrúas con el señor Antonio Díaz. Ni de ese tema, ni de ningún otro. No veíamos las mismas cosas, del mismo modo.

(*) De la novela "La Guerra de Baltar" de Carlos Maggi, Editorial Fin de Siglo, 2000.